

## CAPITULO LXXIII.

Muerte de Mauricio de Sajonia. — Marcha el rey de Francia á Flandes. — Matrimonio del príncipe D. Felipe con la reina de Inglaterra. — Conjuración para apoderarse de Metz. — Mal éxito que obtuvo. — Muerte de Julio III. — Marcelo II y Paulo IV. — Tirantez de relaciones entre el Pontífice y el Emperador.

CARLOS V, que tras el desastre de Metz habíase retirado á los Países Bajos, lleno de odio hácia los franceses que de tal manera le maltrataran, no pudo menos de ver con cierta satisfacción cómo se destrozaban entre sí aquellos príncipes alemanes, causa principal de todas sus desdichas.

Todos se coaligaron contra Alberto de Brandeburgo, y en abril de 1553 eligieron por jefe de la confederación á Mauricio de Sajonia.

Este y el de Brandeburgo encontráronse en los campos de Lieverhausen en julio de 1553, y, aun cuando las tropas de Alberto quedaron derrotadas, perdió Mauricio la vida á consecuencia de un pistoletazo recibido en el combate.

«Así acabó, dice nuestro erudito Lafuente, á los treinta y tres años de su edad el mas famoso de los príncipes del imperio, el que siendo amigo de Carlos V habia aniquilado la liga protestante de Smalkalde, y siendo enemigo del Emperador habia asegurado la libertad de conciencia en Alemania; el que, en una edad en que parece debia faltar todavía la experiencia, habia engañado á todos con su astucia, incluso el soberano mas esperto de Europa, y el primero que con sus artificios y con su espada hizo descender de su apogeo el poder colosal de Carlos de Austria (1).»

Tal es el juicio que del elector de Sajonia hace nuestro moderno historiador, y, efectivamente, Mauricio fue quien mas formidables ataques dió al poder del Emperador, y los de mayor trascendencia.

Alberto de Brandeburgo volvió de nuevo á tentar fortuna concitando contra sí el enojo de los príncipes alemanes, hasta que, finalmente, el 12 de setiembre, alcanzado por el duque de Brunswick que mandaba el ejército confederado, quedó derrotado teniendo que buscar un refugio en Francia, donde vivió en la mayor indigencia.

Entre tanto el Emperador, que ansiaba á todo trance vengar su desastre de Metz, emprendió el ataque de la plaza de Tervere, tan importante, que Francisco I solia decir de ella que era «una de las almohadas sobre que podia dormir seguro un rey de Francia,» y á pesar de haberla socorrido los franceses, se apoderó de ella, y después de arrasarse sus muros corrió á la plaza de Hesdin, que tuvo igual suerte, distinguiéndose en esta campaña el flamenco Martín Van Rossen, y el príncipe Filiberto Manuel de Saboya, que tanta fama habia de adquirir después.

En vista de esto, Enrique II decidió pasar á Flandes á reanimar el espíritu de sus tropas, pero nada consiguió con ello, y, después de varias escaramuzas sin llegar á un combate decisivo, al ver que se aproximaba la estación de las lluvias, ó tal vez por saber que el Emperador iba á ponerse al frente de su ejército, regresó á Francia en 22 de setiembre de 1553.

Entre tanto sosteníase tambien en Italia la guerra entre imperiales y franceses, sin que todas las operaciones de este año produjesen ventajas positivas para ninguno de los dos, reduciéndose toda la campaña á la toma recíproca de algunas plazas.

En julio de 1554, y después de haber tenido que vencer bastantes obstáculos, verificóse el matrimonio del príncipe D. Felipe con la reina de Inglaterra María, según en otra parte diremos, produciendo este matrimonio una irritación tal en el rey de Francia, que con nuevo vigor emprendió las operaciones, enviando á las fronteras de Flandes un escogido cuerpo de ejército, que subdividió después, dando los mandos al mariscal Saint-André y al condestable Montmorency.

Reunió precipitadamente el Emperador sus tropas, y confiando el mando á Filiberto de Saboya, dióse este tal prisa, que en breve espacio se encontró con los contrarios que iban ya de retirada, en Renti, donde tambien se hizo conducir el Emperador en una litera.

El día 13 de agosto de 1554 tuvo lugar el combate en el cual perdieron entre ambos ejércitos sobre tres mil hombres, habiendo faltado por las dos partes algunos de los generales que hubiesen podido contribuir á que la batalla fuese decisiva; mas, sin embargo, como los imperiales permanecieron en el campo de batalla mientras los franceses le abandonaron, achacáronse la victoria que sus adversarios no trataron de disputarles.

El príncipe Filiberto de Saboya fue persiguiendo á los franceses, apoderándose de varias de las poblaciones que aquellos tomaran antes, siguiendo el mismo ejemplo que sus adversarios le dieran, es decir, quemando y devastando los lugares y aldeas que hallaba á su paso.

«Esta manera de guerra de unos y otros, dice un historiador, cierto que era mas inhumanidad que valentía, pues hacían tantos males á los pobres inocentes que no habian dado causa para ellos; siempre han de pagar los súbditos los enojos de sus reyes (2).»

Como quiera que la guerra de Italia no se presentase tan favorable para Carlos como se le presentó la de Flandes, envió allí al duque de Alba con amplios poderes, con dinero en abundancia, armas, caballos y artillería, y en junio de 1555, reforzado convenientemente Brisac, que mandaba el ejército francés, no solamente esterilizó los esfuerzos del de Alba, sino que todavía se apoderó de

algunas poblaciones del Piamonte, viéndose obligado aquel á retirarse á cuarteles de invierno.

Por este tiempo estuvo á punto el Emperador de apoderarse de la plaza de Metz, merced á la conspiración tramada por el guardian de los franciscanos de aquella población. Este habia de introducir á algunos soldados en el convento, vestidos de frailes, y puestos de acuerdo con el gobernador imperial de Thionville, mientras los de dentro pegaban fuego á la ciudad los de fuera darian el asalto. Pero la conspiración fue descubierta, las tropas que se aproximaban á la ciudad fueron acuchilladas y el guardian y veinte frailes mas, condenados á muerte.

De este modo la guerra entre el Emperador y Enrique debilitaba á los pueblos, ocasionaba víctimas sin cuento, arruinaba comarcas enteras, sin producir resultado positivo para ninguno de los dos adversarios, y sin que, á pesar de los esfuerzos hechos por el cardenal Polo para reconciliarlos, pudiera llegar á avenencia de ninguna especie, á pesar de las conferencias abiertas para este objeto entre Gravelinas y Asdres.

En febrero de 1555 se abrió la Dieta en Augsburgo, conforme al tratado de Passau de 1552, que no habia podido tener efecto antes, por la guerra sostenida entre Carlos y Enrique.

Fernando, el rey de Romanos, la presidió en lugar de su hermano que cada vez mas enfermo se hallaba imposibilitado de hacerlo. La muerte del Pontífice Julio III, ocurrida en 23 de marzo, hizo que el legado pontificio, cardenal Mocon, que habia llegado á la Dieta inspirando con su presencia graves recelos á los príncipes alemanes, regresase á Roma, y como quiera que á Fernando no le convenia disgustar á los príncipes, tanto por la cuestión de los turcos en Hungría, como por el tratado secreto que entre su hermano y él existía respecto á la sucesión al imperio, y que, por otra parte, era preciso que la paz se asegurase en Alemania de una manera estable, redactóse un decreto por el cual se ratificaba el orden de cosas establecido en el tratado de Passau, concediendo que los protestantes pudiesen profesar y ejercer libremente la doctrina y culto de la confesión de Augsburgo, igualmente que los católicos el suyo, sin molestarse recíprocamente, resolviendo por medio de conferencias todas las cuestiones religiosas que en lo sucesivo pudieran ocurrir y que podria establecerse por el poder civil la religión y el culto que mas conveniente creyera, sin que los vasallos tuvieran otro derecho que el de retirarse con sus haberes á cualquier otro punto.

Otra condición habia que de momento ya produjo alguna excitación, y que mas tarde fue causa de las guerras de religion de que tendremos ocasion de hablar; esta condición era la de que los eclesiásticos que abandonaran la religion católica perdieran sus beneficios, los cuales habian de proveerse en católicos romanos.

Marcelo Cervino, bajo la denominación de Marcelo II, sucedió á Julio III en la sede pontificia, haciendo concebir grandes esperanzas la pureza y rectitud de sus ideas, y los laudables propósitos de que se hallaba poseído, pero á los veinte y dos dias de su elevación falleció, eligiendo el cónclave para sucederle al cardenal Juan Pedro Caraffa, quien tomó el nombre de Paulo IV.

Partidario el nuevo Pontífice de los franceses, y deseando amenazar el poder del Emperador, excitado por lo decretado en la Dieta de Augsburgo, empezó persiguiendo á los Colonnas, amigos de Carlos, para concluir por enviar un embajador á Francia á proponer á Enrique unir sus fuerzas para arrojar á Carlos de Toscana y de Nápoles.

Opúsose el condestable de Montmorency, mas apoyóle el duque de Guisa y el cardenal de Lorena marchó á Roma con plenos poderes para terminar el tratado.

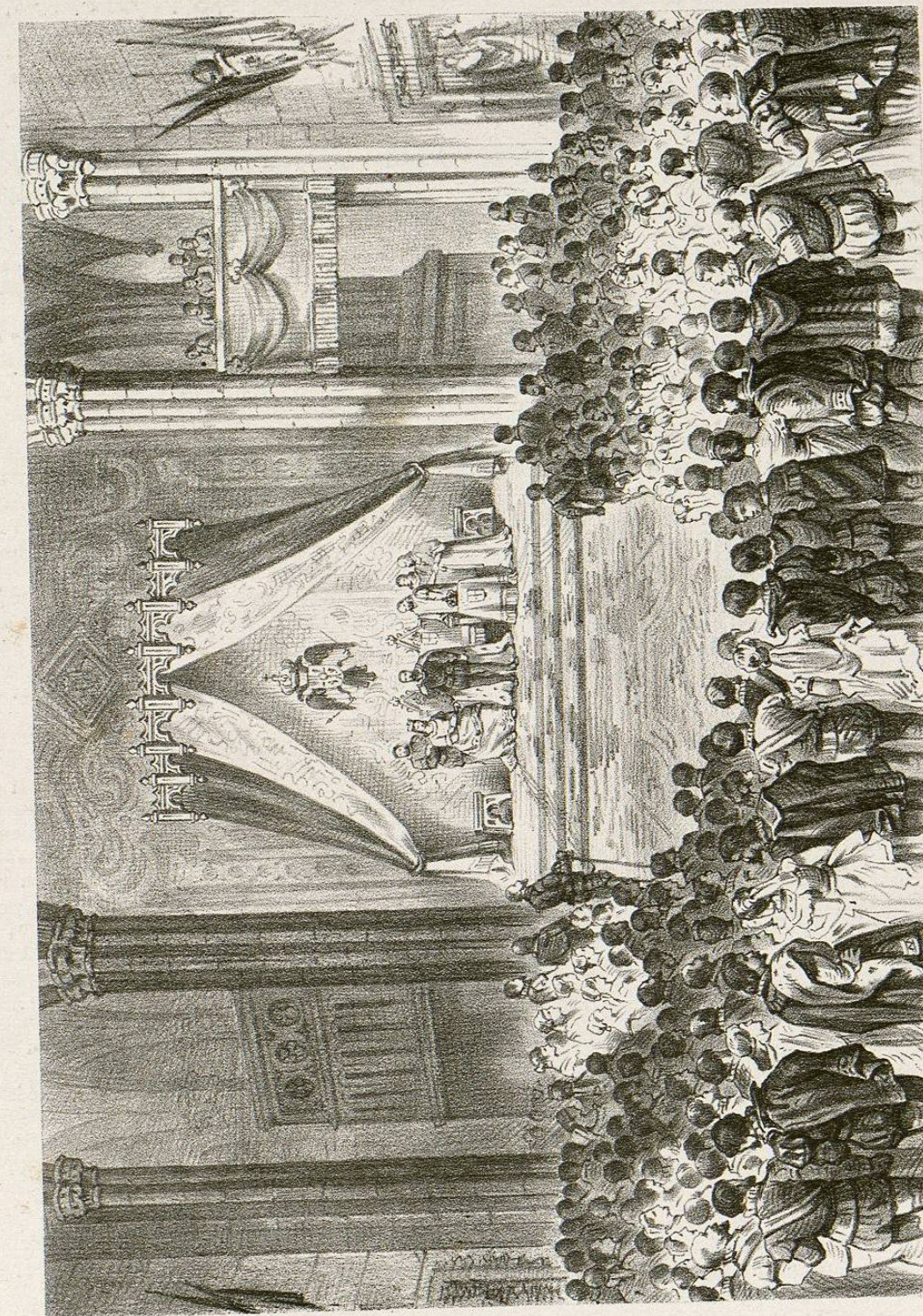
Firmóse el convenio, mas se acordó por ambas partes mantenerlo secreto hasta que llegara el caso de obrar; pero el Emperador tuvo noticia de lo que se trataba, y envió á Roma en calidad de embajador á Garcilaso de la Vega con instrucciones públicas y privadas, dadas en Bruselas á 4 y 7 de octubre de 1555, sin perjuicio de ordenar á sus generales que estuviesen prevenidos para lo que pudiera ocurrir.

La misión de Garcilaso era la de procurar apartar al Papa de su alianza con el francés, pero usando de argumentos suaves y templados razonamientos; mas la dureza del Pontífice y su energía pusieron á Garcilaso en situación, como dice el historiador Lafuente, de «decir tambien á Paulo IV cosas fuertes y amargas, y con tanto valor y brio que le costó sufrir estrecha prision en el castillo de Sant-Angelo, dejando en Roma memoria de su entereza.»

En 11 de abril de este año de 1555, la madre del Emperador, la reina D.<sup>a</sup> Juana, de setenta y tres años, falleció en Tordesillas, tras una gran parte de su existencia pasada en un estado que si no era la locura completa, tampoco, como dice Gebhart, «era la razon.»

Según dicen algunos historiadores parece que en sus últimos momentos esclarecióse su perturbado espíritu.

Este acontecimiento, que dada la situación especial de la desdichada señora, parece que no debia influir para nada en la vida pública de la nación, tuvo su parte en uno de los mas importantes sucesos que en nuestra historia hemos de registrar.



ABDICACION DE CARLOS V.

(1) Lafuente, *Historia de España*, Part. III, lib. I.  
(2) Sandoval, lib. XXXI par. 55.

## CAPITULO LXXIV.

Abdicacion de Carlos V.

El acontecimiento que acabamos de indicar en el capítulo anterior, y en el cual, si no en absoluto, algo influyó la muerte de la reina D.<sup>a</sup> Juana, fue la abdicacion hecha por el Emperador en la persona de su hijo el príncipe D. Felipe, suceso que llenó de sorpresa á toda la Europa, y que iba á producir en ella un cambio extraordinario.

Cárlos, acostumbrado á dominar siempre, no podia soportar con resignacion que su prestigio se viese herido por los últimos reveses, y mucho mas que su falta de salud le impidiera ejercitar aquella actividad que por tanto habia entrado anteriormente en el éxito de sus empresas.

La falta de salud, aquella terrible gota que le atacara cuando tenia treinta años, y que habia concluido por privarle del uso de sus miembros irritábase de un modo extraordinario, y él que estaba acostumbrado á pasar días y noches montado á caballo cubierto con la armadura, sufriendo los rigores de las estaciones con la mayor indiferencia, no podia resignarse á tener que ser conducido en una litera, viéndose obligado á permanecer largas temporadas en el lecho.

La creencia de que ya no podia soportar sobre sus hombros todo el peso de aquella vasta monarquía, hizo germinar en su espíritu la idea de renunciar á una corona, cuyo brillo no podia ya sostener, y á un cetro que su débil mano apenas podia sustentar despues de tantos años.

La muerte de su madre, D.<sup>a</sup> Juana, y el convencimiento de que su hijo, D. Felipe, era ya suficiente apto para la gobernacion del reino, afirmándole en su resolucion de renunciar á todos los cuidados terrenales para ocuparse de la salvacion de su alma, retirándose á un asilo religioso.

Para este efecto mandó llamar á su hijo, que estaba en Inglaterra, y convocados todos los estados de los Países Bajos para el 14 de octubre, despues de renunciar en D. Felipe el maestrazgo de la insigne Orden del Toison de oro, procedió al acto solemne de la abdicacion.

Presentóse D. Cárlos vistiendo luto por la muerte de su madre, acompañado de D. Felipe su hijo, de su hermana la reina viuda de Hungría, de su sobrino Filiberto de Saboya, y de todos los nobles y embajadores que en su corte se hallaban, y el príncipe de Saboya, presidente del consejo de Flandes, pronunció un discurso, en el cual, tras una breve reseña de la vida del Emperador, manifestaba las causas que le movieron para tomar aquella determinacion.

Despues, y en medio de la gran impresion que en la asamblea produjo el discurso de Filiberto, el Emperador levantóse de su asiento, y apoyando la diestra mano, para sostenerse, sobre un báculo, y la siniestra, en el hombro de Guillermo de Orange, dijo á la asamblea:

«Si bien Filiberto de Bruselas bastante ha dicho, amigos míos, las causas que me han movido para renunciar estos estados y darlos á mi hijo para que los tenga, posea y gobierne, con todo eso quiero decir algunas cosas con mi propia boca. Acordáseos ha que á 5 de febrero de este año se cumplieron cuarenta en que mi abuelo, el emperador Maximiliano, siendo yo de quince años de edad, en este mismo lugar y á esta misma hora, me emancipó y sacó de la tutela en que estaba y hizo señor de mí mismo.» Prosiguió ocupándose de algunos actos de su vida, y terminó pronunciando estas célebres frases que, como dice un historiador moderno, difícilmente ha podido proferir otro soberano en el mundo.

«Nueve veces fui á Alemania la alta, seis he pasado en España, siete he pasado en Italia, diez he venido aquí á Flandes: cuatro en tiempo de paz y de guerra he entrado en Francia, dos en Inglaterra, y otras dos fui contra Africa, las cuales todas son cuarenta, sin otros caminos de menos cuenta que por visitar mis tierras tengo hechos. Y para esto he navegado ocho veces el mar Mediterráneo, y tres el Océano de España, y agora será la cuarta que volveré á pasarlo para sepultarme, por manera que doce he padecido las molestias y trabajos del mar... la mitad del tiempo tuve grandes y peligrosas guerras, de las cuales puedo decir con verdad, que las hice, mas por fuerza y contra mi voluntad, que buscándolas ni dando ocasion para ellas. Y las que contra mí hicieron los enemigos resistí con el valor que todos saben...»

Pasó despues á esponer las razones que habian demorado aquel acto que tan pensado tenia, pidiendo perdon á todos por los yerros que hubiera podido cometer durante su reinado.

Sublimes fueron las frases con que el Emperador terminó su discurso, frases que no podemos menos de consignar porque ellas constituyen su mas cumplido elogio.

«En lo que toca al gobierno que he tenido, dijo, confieso haber errado muchas veces, engañado con el verdor y brío de mi juventud, y poca experiencia, ó por otro defecto de la flaqueza humana. Y os certifico que no hice jamás cosa en que quisiese agraviar á alguno de mis vasallos, queriéndolo ó entendiéndolo, ni permiti que se les hiciera agravios; y si alguno se puede de esto quejar con razon, confieso y protesto aquí delante de todos que seria agraviado sin saberlo yo, y muy contra mi voluntad, y pido y ruego á

todos los que aquí esteis me perdoneis, y me hagais gracia de este yerro ó de otra queja que de mí se pueda tener (1).»

Vuelto despues hácia su hijo, que le escuchara con extraordinaria emocion, le dijo así:

«Tened inviolable respeto á la religion; mantened la fe católica en toda su pureza; sean sagradas para vos las leyes de vuestro país; no ateneis ni á los derechos ni á los privilegios de vuestros súbditos; y si algun día desearais, como yo, gozar de la tranquilidad de una vida privada, ojalá tengais un hijo que por sus virtudes merezca que le cedais el cetro con toda satisfaccion como yo os lo cedo agora.»

Fácilmente se comprende que escuchar expresarse así á aquel gran monarca que momentos antes era señor de tan vastos dominios, y á quien todavía temblaban todos los soberanos de Europa, apesar de los contratiempos que habia sufrido, habria de causar extraordinaria emocion.

Las mal contenidas lágrimas brillaban en los ojos de todos los circunstantes, y el mismo Emperador, apenas terminado su discurso, cayó desfallecido sobre el sillón.

El síndico de Amberes contestó en nombre de los estados prometiendo que su voluntad seria cumplida aunque deplorando que los achaques y los disgustos fuesen causa de aquella decision, deseando un feliz viaje al Emperador y á su hermana la reina viuda de Hungría.

D. Felipe, vivamente afectado tambien, quiso arrojarse á los piés de su padre, demostrándole su gratitud por la merced que le hacia, pero el Emperador se apresuró á estrecharle entre sus brazos regando con sus lágrimas sus cabellos.

Felipe se dirigió á la asamblea, expresándose en francés, y diciendo que sentia no poder expresarse en su idioma para demostrarle la alta consideracion en que les tenia, pero que el obispo de Arras, cardenal Granvela, se encargaria de suplir aquella falta, como así lo hizo este en un razonado discurso, aun cuando no satisfizo mucho á los flamencos que Felipe no les hablase en su lengua.

En el mes de enero del siguiente año firmó Cárlos, en presencia de los caballeros españoles que se hallaban en Bruselas, las actas de cesion en favor de su hijo de las coronas de Aragon y de Castilla, notificándosele inmediatamente á todos los prelados, grandes, caballeros y ciudades de España (2).

El rey D. Felipe á su vez escribió confirmando los poderes de regencia en favor de su hermana D.<sup>a</sup> Juana, y el día 28 de marzo alzáronse pendones en la plaza mayor de Valladolid por el rey don Felipe, siendo su hijo el príncipe D. Cárlos, quien llevaba el pendon, y quien le proclamó, diciendo en voz alta: «Castilla, Castilla por el rey D. Felipe nuestro señor.»

Cárlos, aprovechando el tiempo que permaneció en Bruselas, toda vez que el rigor de la estacion le impidió realizar su viaje como pensaba á España, ajustó con Enrique II de Francia en las conferencias que para el efecto se celebraron en la abadía de Vaucelles, cerca de Cambrai, una tregua de cinco años, por la cual quedaban en posesion las dos naciones de las plazas que recíprocamente conquistaron tanto en Saboya como en las fronteras alemanas.

Gran disgusto causó al Pontífice esta tregua, puesto que en su odio contra Cárlos y Felipe no podia convenirle se templase el antagonismo que existia entre franceses y españoles (3).

En su lugar oportuno nos ocuparemos de lo que hizo para esterilizar aquel acuerdo, y los medios que tuvo que emplear el rey D. Felipe para tratar de hacerle comprender la sinrazon por él cometida.

Únicamente restábase á Cárlos despojarse de la corona del imperio, y llamando á Guillermo, príncipe de Orange, le entregó el acta de renuncia de la administracion y gobernacion del imperio en favor de su hermano D. Fernando, rey de Romanos, para que le llevase á la Dieta germánica.

Paulo IV trató tambien de oponerse á esto, prestando que sin su expresa licencia no podia Cárlos resignar la corona imperial, y despues de hacer cuanto estuvo de su parte para que no fuese admitida por la Dieta, vengóse no accediendo á darle su confirmacion, aun cuando dos años despues se vió obligado á hacerlo.

Nada retenia ya á Cárlos en Flandes, y acompañado de un numeroso séquito de caballeros españoles y flamencos, marchó al puerto de Flessingue, donde le esperaba una armada compuesta de cincuenta y seis naves guipuzcoanas, vizcainas, asturianas y flamencas para conducirle á España, haciéndose á la vela acompañando de sus hermanas y de las personas que formaban su servidumbre el día 17 de setiembre, llegando al puerto de Laredo en 28 del mismo mes.

(1) Los que deseen conocer tanto este discurso como el de Filiberto de Saboya, integros, pueden consultar la Historia de Sandoval.

Robertson hace un muy ligero resumen de ellos.

(2) Grande es la divergencia que existe entre los historiadores respecto á las fechas en que tuvieron lugar estos acontecimientos.

Sandoval fija el 28 de octubre para la ceremonia de la abdicacion de Bruselas, pero la carta oficial de la abdicacion de Cárlos esta fechada en 26 de octubre. La ceremonia, según los documentos que existen en el archivo de Simancas, se verificó el día 25.

La de la cesion de las coronas de Aragon y Castilla es de 16 de enero de 1556.

(3) Salazar, *Glorias de la casa Farnese*.



J. SERRA, LIT.

LIT. VIDAL, OLMO 23

FELIPE II.

Miera Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.